

La Forma del Progreso

Congreso de Diputados, 1983.

El político entró desde una de las puertas laterales del Hemiciclo del Congreso de Diputados, diluyéndose entre las personas y los estrados con toda la experiencia recogida por los años, moviéndose como una brisa de viento cansada de tanto volar. Él no era una persona muy importante del Gobierno, ni tampoco quería serlo, pero sí que llevaba más tiempo allí de lo que la mayoría podría llegar a conseguir. Al fin y al cabo, la labor de político podría resultar decadente ante morales imprudentes.

Pero ese no era su caso. Él había cogido ese puesto por algo mayor que él, una pieza pequeña de todo ello. Era una sombra de historia entre un cielo de personas y acontecimientos, tan sólo un observador. Un testigo.

Era parte del Congreso de los Diputados de la misma forma en la que lo era una piedra de la escalinata de un Gran Palacio. Nadie la llegaba a tomar en verdadera cuenta, pero todos, en un momento u otro, la habían usado para alcanzar a dar un paso más. Y él ,mientras tanto, siguió siendo tan sólo un observador. Un testigo.

Todos ellos allí aspiraban a algo. Tal vez mayor poder, un buen ascenso, control sobre la situación, buena seguridad de que iban a estar bien. Más de lo uno, más de lo otro. Siempre había sido así por allí.

Siempre había sido un gobierno sobre España. Nunca un gobierno para España.

Pero estaban en la época del cambio, ¿verdad? Este era el mejor momento para no volver a caer. “La transición”, la estaban empezando a llamar los periodistas, “La concordia” decían varios historiadores. Él guardaba esperanzas de que todo lo que dijeran fuera cierto y por fin pudieran conseguir el equilibrio después de tanto. Él de verdad quería creer. Todos en este punto necesitaban algo a lo que aferrarse para poder seguir adelante.

Pero ese Congreso había visto demasiado.

Después de saludar desde lejos a un par de su mismo partido, el político se volvió a deslizar entre la gente, llegando por fin a su asiento del Hemiciclo. Soltó sus carpetas sobre la mesa de madera barnizada, brillante bajo las luces. Hoy la sesión no iba a ser muy importante, tan solo el ajuste de un par de normativas si no había ningún problema repentino que tratar, un par de discursos, una votación y terminarían rápido.

Al fin y al cabo, lo gordo ya se había resuelto.

Se sentó en la silla, recostándose en el respaldo de cuero y crujiéndole la espalda en el trayecto. Sí, habían trabajado bien para llegar hasta aquí.

Se habían necesitado dos repúblicas, una Guerra Civil y una Dictadura para llegar a este punto. Todavía se podía sentir una calma tensa y las rencillas habituales seguían haciéndose presentes. ¿Qué más podían pedir? Tal vez no habían desarrollado la solución perfecta e idílica a la que todos aspiraban, pero habían conseguido unir a todos bajo una misma constitución. No había guerra ni miedo constante. Sólo España.

Nadie había creído en un principio que todos iban a ponerse de acuerdo por una vez, perdonándose unos bandos a los otros por un bien mayor después de años de luchas y trampas constantes.

Eso era impensable, una simple locura.

El político sonrió para sí ante ese pensamiento.

Había vivido lo suficiente como para ver a España retorcerse sobre sí, adoptando la forma de una República, luego de una Dictadura. Y ahora de una Democracia. Siempre cambiante, siempre tambaleante. Nunca hubo forma de que esta tierra se quedara lo suficientemente quieta como para poder asentar unos cimientos que duraran lo suficiente como para prosperar, descansar un poco y poder vivir tranquilamente por fin.

La paz le parecía irreal, demasiado buena como para ser verdad. Pero allí estaban todos ellos, sonriendo y charlando por el Hemiciclo con una calma extraña. ¿No había amenazas internas? ¿No había pólvora y ruido? Eso sí que era extraño. El político todavía tenía que concienciarse de que eso no era otra calma antes de una nueva tempestad. No otra vez.

Se dejó llevar por el murmullo de la habitación y relajó los hombros, alzando la vista ante las paredes del edificio. Allí seguían los Reyes Católicos presidiendo la fachada junto al escudo de España. Y los cuadros de Cortes, estatuas, cristaleras y frescos todavía posaban ante un público constantemente cambiante en contraste con su escenario, siempre constante, férreo, atemporal.

Dejó caer su vista en los detalles de las pinturas, analizándolas por centésima vez desde que empezó a trabajar allí. Se relajó casi al instante, abrazando el viejo hábito ya demasiado conocido como para ser fascinante. Como siempre, empezó a buscar.

Siempre buscaba, esa era su especialidad: Observar todo cuanto hay a su alrededor para descubrir la mejor forma de seguir adelante. Tal vez un día luchando, tal vez al otro día huir. Pero siempre observar.

Había visto la Puerta de Alcalá revestida de un día para otro con el rostro de Stalin y el escudo de la URSS, había descubierto cómo los estandartes se habían recubierto poco a poco con el escudo del Águila. ¿Pero ahora qué? Siempre había símbolos, de una forma u otra se terminaban haciendo un hueco en el día a día de la sociedad. Unos símbolos que te podían costar la vida o salvártela, unos que habían terminado siendo una señal de identidad tan conocida y reconfortante como el calor del hogar en un día de nieve. Y ahora que estaba la democracia, no podía evitar buscarlos por todas partes. ¿Dónde estaban?

Cuando terminó de revisar los cuadros, siguió con las estatuas y luego con la arquitectura. Tarareó para sí mientras detectaba cada uno de los signos que ya se empezaba a saber de memoria. Todos conocidos para él como el calor para el sol y el cielo para las aves.

Pero, después de un repaso rápido por las vidrieras, su mirada terminó sobre la cúpula del Hemiciclo. Allí había unos símbolos más... recientes.

Sobre el fresco neoclásico, con sus colores limpios y pasteles se podía seguir distinguiendo. Allí estaban los disparos rompiendo los trazos de la cúpula y dirigiéndose al suelo como ojos negros observándoles desde las alturas.

Los agujeros seguían cruelmente cercanas a la realidad por mucho que hubieran pasado ya los años, siendo cicatrices gangrenadas en medio de un cuerpo en pleno funcionamiento, que no se atrevía a pensar en ellas por si acaso seguían doliendo al tocarlas, como viejas heridas de batalla.

El político se quedó observándolos, atreviéndose a mantener el rostro alto, haciéndoles frente.

Las cicatrices siguen allí. Pero él también.

Eso era lo que contaba ante todo. Las cosas habían sido difíciles, pero habían sobrevivido para contarlo un día más, alzando la vista hacia delante. Él se negaba a glorificarlo, ni decir que todo lo que habían hecho había sido admirable por el hecho de que era necesario para conseguir un gran propósito al servicio de todo el país.

No. Él no era ningún Teniente o General dando ánimos a sus soldados antes de la guerra, sabiendo que no volverían a vivir igual después de ello. Otros no volverían a sentir un amanecer ante sus ojos.

No había gracia en la muerte, por muy honrada que fuera. No había gracia en la sangre regando flores ni en el aliento cortado por la cizaña. No había nada glorioso ni espléndido.

No se ganaba nada con tanta muerte. Pero no podía negar que, si cada bala recibida había ganado el latir de un corazón inocente, había merecido la pena. Si con tantos gritos de dolor habían ganado una canción de cuna susurrada en un abrazo, no había sido en vano. Si con cada noche de incertidumbre habían ganado un día de paz, todavía había esperanza.

Pero aún con ese pensamiento en la cabeza, cuando volvió a bajar la vista de la cúpula no pudo evitar sentir el nudo en su estómago. ¿Lo habían hecho bien? Habían conseguido cambiar la pólvora y la sangre por el papel y la tinta, ¿pero eso sería suficiente? Habían cambiado trincheras y fronteras por reuniones y salas de conferencia, ¿pero la dinámica de lucha había cambiado?

Tal vez ya no luchaban entre ellos y la ola que amenazaba con arrasarles había disminuido, pero todavía estaba presente, implacable y persistente.

Podía recordar los discursos encendidos, las noches en vela, las reuniones clandestinas en cafeterías, las conversaciones al margen de lo oficial, los acuerdos sellados con un efímero apretón de manos. ¿Todo eso ya había terminado o estaba a punto de empezar?

El político se obligó a recordar.

“La transición”, la estaban empezando a llamar los periodistas, “La concordia” decían varios historiadores. ¿Algún día podría llegar a ser una verdad consistente?

El murmullo común de los diputados se acalló durante unos instantes, sacándole de todas sus divagaciones. No pasaron segundos antes de que el ruido volviera otra vez, pero se notó su cambio en el ambiente. Miradas discretas se dirigieron a las puertas principales del Hemiciclo, algunas de admiración y otras de prudencia. No tuvo que girar la cabeza para saber quién era el que acababa de entrar en la sala.

Ya habían pasado un par de años desde su dimisión, pero parecía que la atención de los demás no terminaba de desprenderse de Adolfo Suárez.

Él sí que era una luz de la historia, captando los ojos del futuro. Suárez había conseguido lo que muchos temían que fuera a terminar en otra deriva en medio de una tormenta. Él era una leyenda, una figura que había pasado del lodazal de primera línea de defensa hasta el pedestal de los grandes. Había opiniones de todo tipo para él, pero no se podía negar que había terminado formando parte de toda esta batalla, en mayor o menor medida.

Tenía muchos nombres, demasiados como para recordarlos. El Anticomunista Inteligente, el Equilibrista, el Rey sin Corona, el Presidente del Pueblo, el Hijo del Régimen... Nunca parecían acabar con él, pero todos parecían concretar en su grandeza. ¿Cómo ha sido eso?

Había más valor y fuerza en un soldado que en un político, él siempre lo había sabido. Más resiliencia, más coraje, más honestidad. Pero simplemente la gente prefería recaer más en Suárez que en las vidas olvidadas.

Se restregó los ojos con el dorso de su mano, cansado. Eso era algo que nunca había entendido. La memoria de la verdad se escapa, escurriendo entre los dedos y nadie alzaba un grito de alarma. Sólo podía ver sonrisas de alivio, agradecidas por no tener que obligarse a llevar la carga del dolor por lo perdido.

No podías dejar el yugo al lado del camino y seguir hacia delante como si nada. No sin mirar atrás, no sin arrepentirte. Sentirías el entumecimiento de los músculos después de arrastrar el peso durante tanto tiempo, recordarías lo difícil que fueron las cuestas arriba y los caminos pedregosos.

Sentirías la ausencia de lo arrebatado, un hueco que apenas la satisfacción de algo mejor podía ocupar. ¿Por eso se necesitaba a Suárez?

Una figura a seguir y confiar, alguien capaz de buscar una salida sin terminar en otro caos. Porque lo que se necesitaba eran cimientos y tiempo, perdón y orden, propósito y voluntad. Tal vez eso era lo que necesitaba España en esos momentos: Tener alguien sobre el que descansar.

El político sintió cómo todos seguían mirando a Suárez con algo de expectación. Sí, era justamente eso, era alguien sobre el que descansar.

Suarez terminó de entrar en el Hemiciclo, pero no se dirigió a la Tribuna de Oradores. No. Él ya no se subía allí, aunque a todos les costara acostumbrarse a ello. En cambio, Suárez se dirigió a su asiento de Diputado del Centro Democrático y Social en un silencio amigable. Se paró a hablar tranquilamente con un par de personas por el camino, sonriendo y asintiendo antes de sentarse en su silla y empezar a sacar los papeles.

Ese era el problema de ser una luz de la historia. Todo el mundo esperaba que fueras grandioso en medio del barrizal, el orden en medio del caos y la señal en el sendero. Nadie podía aspirar a ello sin terminar en una decepción, y eso lo incluía a él.

Había dimitido y todos sus seguidores se habían decepcionado. Ahora todo el mundo guardaba el momento en el que volviera a alzarse para el puesto de presidente o se desvaneciera a lo largo de los años. Ese era otro problema de ser una leyenda: Una vez que habías hecho tu trabajo sólo te quedaba decir adiós.

Pero al menos había ya un horizonte al que señalar a los siguientes, y a los que fueran después. Tal vez ellos no pudieran alcanzar a ver el auge ni la paz después de tantos años luchando, pero sí que tenían la constancia de que otros la verían.

Tal vez ahora no, pero dentro de un par de décadas podrían llegar a levantarse sin preocuparse de que se hubiera iniciado otro cambio de poder u otra revuelta. En un futuro llegarían a tener paz completa. Y, cuando volvieran la vista atrás su sucesores lo verían a él, como una sombra de historia entre un cielo de personas y acontecimientos, un observador. Un testigo.

Bien, que prosperaran. Pero que recordasen.